

SOLEDAD, LA DESEABLE Y LA INDESEABLE. OBSERVACIONES ESPIRITUALES

EDUARD LÓPEZ HORTELANO, SJ*

Fecha de recepción: noviembre de 2021

Fecha de aceptación y versión final: enero de 2022

RESUMEN

La soledad es un infierno. No obstante, existen dos tipos de soledad: la deseable para estar solos y la indeseable, o la que nos conduce a un aislamiento. Este artículo presenta el combate entre ambas. Librarlo —ser contemplativos a cómo se desarrolla y tomar parte en el asunto— conlleva una decisión: la confianza absoluta en Dios. Primero, presentaremos la soledad, la que separa y la que nos vincula para, en segundo lugar, describir una serie de parejas de baile que iluminen esta lucha espiritual. Concluiremos con el relato del Evangelio del herido, aquel que vivió la soledad, deseable y la indeseable.

PALABRAS CLAVE: comunión, aislamiento, estar a solas, sentirse solo, vida espiritual.

SOLITUDE — BOTH DESIRABLE AND UNDESIRABLE. SPIRITUAL OBSERVATIONS

ABSTRACT

Solitude is hell. However, there are two types of solitude: the desirable, when we want to be alone, and the undesirable, which makes us feel lonely. This article reveals the battle between them. Releasing it — observing how it develops and

* Profesor de Teología Espiritual. Universidad Pontificia Comillas (Madrid, España). elopezh@comillas.edu

taking part in it – entails a decision: to have absolute trust in God. First, we present the concept of solitude, that which separates and binds us, before moving on to describe a series of dance partners that illustrate this spiritual struggle. We conclude with the parable of the wounded man, the one who experienced solitude, both desirable and undesirable.

KEY WORDS: communion, isolation, being alone, feeling alone, spiritual life.

«Soledad: la deseada, la indeseable»¹.

El 5 de abril de 2021 se publicaba que las peticiones de consulta en Madrid, según su Colegio Oficial de Psicólogos, habían crecido de un 20% a un 30% debido a las consecuencias del coronavirus². Sin embargo, no podemos hablar de una única forma de soledad. Digamos que es un término polisemántico, que básicamente se traduce en tres formas de vivir dicha condición psicológica y emocional.

En primer lugar, la soledad «nace de la falta de relaciones interpersonales significativas o de la discrepancia entre las relaciones humanas que un sujeto desea tener y las que efectivamente tiene»³ (limitación de la existencia). Una segunda forma (plenitud de experiencia) resultaría de un modo o estilo de vida, la soledad elegida o “la deseada”, «para favorecer experiencia de sentido ulterior al que comúnmente se comparte»⁴. Finalmente, la tercera (vacío de experiencia), “la indeseable”, «se deriva de la percepción del mundo como hostil, negativo o indiferente, que induce a refugiarse dentro de sí hasta que en algunos

1. R. ARGULLOL, *Breviario de la aurora*, Acantilado, Barcelona 2006, 112.

2. I. VALDÉS, “Tristeza, soledad y desesperanza: el hoyo emocional de la pandemia”: *El País* (05/04/2021), en línea, <https://elpais.com/espana/madrid/2021-04-05/tristeza-soledad-desesperanza-el-hoyo-emocional-de-la-pandemia.html> (Consulta el 24 de septiembre de 2021). Véase también: M. CONSUEGRA - A. FERNÁNDEZ, “La soledad de los pacientes con COVID-19 al final de sus vidas”: *Revista Bioética y Derecho* 50 (2020), 81-98.

3. U. GALIMBERTI, *Diccionario de Psicología*, Siglo XXI, México 2002, 1026.

4. *Ibid.*

casos se llega incluso al disgusto por uno mismo»⁵. Esta última es a la que alude el papa Francisco cuando afirmó: «La soledad, el drama que aún aflige a muchos hombres y mujeres. Pienso en los ancianos abandonados incluso por sus seres queridos [...] en tantas personas que de hecho se sienten solas, no comprendidas y no escuchadas [...]; y en tantos jóvenes víctimas de la cultura del consumo, del usar y del tirar, y de la cultura del descarte»⁶.

1. Introducción

Tanto en nuestro nacimiento como en nuestro fallecimiento nos separamos, del vientre materno y de la peregrinación en la que hemos transitado. Desde el momento en que el ser humano deja de alimentarse a través del cordón umbilical y se separa de la madre, la soledad forma parte de nuestra vida, es constitutiva, porque somos constitutivamente “seres separados”:

«Si no se tiene en consideración la problemática de la soledad que nos constituye como sujetos. De otra manera, estaríamos partiendo de la falsa ilusión de considerar la soledad como una dolencia que padecen determinadas personas que no aciertan a eludirla a través de unos convenientes modos de relación, o como un problema resuelto para quienes tienen la suerte de dar con una armónica vida de pareja»⁷.

En este sentido, debemos tener en cuenta dos significados de “sentirse solos”, que nos ayudan a nuestro desarrollo en la vida espiritual. Octavio Paz lo resumió de la siguiente manera: «Sentirse solos posee un doble significado: por una parte, consiste en tener conciencia de sí; por otra, en

5. *Ibid.*

6. PAPA FRANCISCO, *Homilía de apertura de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (04/10/2015), en línea, https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20151004_omelia-apertura-sinodo-vescovi.html (Consultado el 16 de noviembre de 2021).

7. C. DOMÍNGUEZ MORANO, “La soledad”: *Sal Terrae* 95 (2007), 640.

desear salir de sí»⁸. Fecundidad y esterilidad⁹. Deseable e indeseable. Un bien y un mal. Comunión y aislamiento. A este último sentido, el papa Francisco se refiere

«cuando el hombre se siente solo, experimenta el infierno. En cambio, cuando advierte que no está abandonado, puede enfrentar cualquier tipo de dificultad y esfuerzo. Y esto se ve en los momentos difíciles [...] Nuestro mundo está enfermo de soledad –lo sabemos todos–, por eso necesita iniciativas que permitan enfrentar junto con otros lo que la vida impone. Caminando y trabajando juntos experimentamos el gran milagro de la esperanza, todo parece posible otra vez [...] Hacerse prójimo significa evitar que el otro permanezca presa del infierno de la soledad. Desafortunadamente, la crónica a menudo nos habla de personas que se suicidan llevadas por la desesperación, madurada precisamente en la soledad. No podemos permanecer indiferentes ante estas tragedias, y cada uno, según sus posibilidades, debe comprometerse a quitar un trozo de soledad a los demás [...] Hay que hacerlo con cercanía, con ternura. Esta palabra, ternura, que corre el peligro de caerse del diccionario porque la sociedad actual la usa muy poco»¹⁰.

2. Síntomas y diagnóstico

«Lo que pueda descansadamente llevar» (*Ej* 18)

Tras este aforismo de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio, hay un principio básico: no nos pidamos más de la cuenta, no nos pongamos más cargas de las que “descansadamente podamos llevar”. Y esto nos conduce a un primer punto sobre la soledad: aceptar que somos seres separados es aceptar una vida interior que integre nuestras limitaciones. Dicho de otro modo, se trata de acomodarse ante los diversos ciclos y etapas de nuestras vidas. Tam-

8. O. PAZ, *El laberinto de la soledad*, Cátedra, Madrid 1998, 342.

9. X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica*, Herder, Barcelona 1967, 763.

10. PAPA FRANCISCO, *A los miembros de la confederación de cooperativas italianas* (16/03/2019), en línea, https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/march/documents/papa-francesco_20190316_confederazione-cooperative.html (Consultado el 17 de noviembre de 2021).

bién la enfermedad nos sitúa aquí. El acomodarse a los tiempos, lugares y circunstancias es un buen termómetro de nuestra soledad deseable.

«A quien se trata de muchos negocios, bien con intención santa y buena, le es necesario resolverse a hacer la parte que podrá, no afligiéndose si no puede cumplirlos todos como desea, y haciendo, según el dictamen de la conciencia, aquello que el hombre puede y debe hacer»¹¹.

a) *La soledad deseable e indeseable, espacio espiritual*

Necesitamos construir espacios espirituales en los que contrastemos a la luz de la fe cristiana y de las diferentes formas de oración, el bullicio de nuestros pensamientos, de nuestro sentir y pensar hasta donde podamos llegar. Vamos a llamarlos espacios visionarios, esto es, ser arquitectos en soledad, la deseable, mediante los cuales podamos ir haciéndonos templos del Espíritu, más de vida que de muerte, más de “la utilidad de lo inútil” que de aquello que sabiéndolo o sin conocerlo nos daña y nos va erosionando.

La soledad deseable ayuda a pasar de las suposiciones no demostrables a los pensamientos contrastables. De esta manera, salimos (éxodo) de expresarnos desde un punto de vista exigente a un ángulo del deseo y de la preferencia. En este sentido, esta mirada o visión interna nos pacifica en relación a cómo vivimos nuestras emociones si de forma intensa y, quizás, desproporcionada a lo que nos va sucediendo o, por el contrario, desde una moderación más ajustada a lo ocurrido. En segundo lugar, cuando construimos tiempos sin el ruido externo ni los impactos o impulsos interiores que nos destruyen, esos espacios sonoros en soledad nos facilitan la resolución de conflictos y de problemas.

La novela de Rosa Montero, *La Buena suerte*, retrata muy bien esta dualidad a través de sus dos personajes: Pablo y Raluca, el aislamiento (soledad

11. Se trata de la carta (*Epp* X, 529) escrita por Juan Alfonso de Polanco, secretario de San Ignacio y por comisión de él dirigida al Sr. Jerónimo Vignes, el 17 y 14 de noviembre de 1555 (Roma). SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Obras Completas*, BAC, Madrid 2013, 974.

indeseable) y el espacio sonoro (soledad deseable). Pablo se baja del tren en un territorio tosco, Pozonero, que pese a ser «el típico varón poderoso y conocedor de su propio poder» hay algo en él extraño e indeseable, «una ausencia completa de destino, que es como andar sin huesos». Efectivamente, estar solos no es lo mismo que sentirse solos. Si lo primero nos facilita construir espacios sonoros de mejora de nuestra relación con Dios, con los demás y consigo mismo, lo segundo es totalmente contrario. No nos permite caminar, porque nos aísla, aun sin saberlo. La línea es muy fina. Pablo al llegar a ese pueblo ya se siente solo, aislado e incomunicado, «una ausencia de esqueleto», porque «no ha logrado un acuerdo con la vida, un acuerdo consigo mismo, lo cual, a estas alturas ya todos lo sabemos, es el único éxito al que podemos aspirar: a llegar, como un tren, como este mismo tren, a una estación aceptable»¹².

Raluca es su contrapunto. Sentirse solo nos sirve para hacer algo por nuestra vida. Así se lo sentencia a Pablo: «Mira no sé qué te pasa. No sé qué te ha pasado. Y no quiero saberlo [...] Pero yo también he estado ahí, tío. Metida como un gusano entre las sábanas. Y te voy a decir una cosa: si tú no haces algo por tu vida, tío, la vida no hará nada por ti»¹³.

b) *De la soledad a la comunión*

La principal vocación del ser humano y, en consecuencia, de la vida cristiana es ser fuente de comunión y de fecundidad. La soledad en sí misma, es un mal, porque «el hombre creado a imagen de Dios que, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, es fecundidad sobreabundante de amor, debe vivir en comunión con Dios y con sus semejantes, y de esta manera llevar fruto»¹⁴. A lo largo de la Revelación en las Sagradas Escrituras, se insiste precisamente en este punto: «Dios el Señor dijo: “No es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2,18). No es bueno que estemos solos, porque esto conduce a la esterilidad, «[...] quedarán como Gomorra, convertidos en campos de espinos, en mina de sal, en un lugar de permanente

12. R. MONTERO, *La Buena suerte*, Alfaguara, Barcelona 2020, 12.

13. *Ibid.*, 61.

14. X. LÉON-DUFOUR, *op. cit.*, 763.

soledad» (Sof 2,8). Sin duda, «la prueba de la soledad es un llamamiento a la confianza absoluta en Dios»¹⁵. El hito más significativo en Israel es el momento del exilio. En ese destierro, lugar de la ausencia de Dios, del abandono y de la esterilidad, de la separación que «hace comprender que solo Dios puede librar de la soledad proporcionando fecundidad»¹⁶. Sentirse solos, la soledad indeseable, huérfanos nos destruye, apartándonos a la sombra de la muerte donde se recuerda «mi tristeza y soledad, mi amargura y sufrimiento» (Lam 3,19) e incluso sucede en los desiertos y encerramientos personales en los que caigamos, «en la soledad del desierto, pusieron a prueba a Dios exigiéndole que les cumpliera sus deseos» (Sal 106,14).

La novedad de Jesús, el Señor, reside en recobrar y reestablecer los lazos y los vínculos para que nadie se sienta solo, para no caer en ese sentido de orfandad a merced del mal estéril de la soledad indeseable; en definitiva, para que la humanidad descubra al Emmanuel (Dios con nosotros): el paso de la soledad a la comunión. Para ello, es necesario “estar a solas” (soledad deseable), de vez en cuando, apartarse incluso del discurso de nuestros pensamientos para ponderarlos, examinarlos y sopesar si son estériles o fecundos, si nos encierran o nos mueven a la comunión: «Cuando Jesús recibió aquella noticia, se fue de allí, Él solo, en una barca, a un lugar apartado» (Mt 14,13). En otra ocasión, «subió Jesús al monte para orar a solas y al llegar la noche aún seguía allí Él solo» (Mt 14,23). Conviene, así, tiempos y lugares de desierto para vencerse a sí mismo, vencer al adversario «así, como grano de trigo caído en tierra, no permanece solo, sino lleva fruto (Jn 12,24), “reúne en la unidad a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11,52) y “atrae a todos los hombres a sí” (Jn 12,32)»¹⁷.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*, 764. Véase otros pasajes: «Al llegar la noche, la barca ya estaba en medio del lago. Jesús que se había quedado solo en tierra [...]» (Mc 6,47); «un día estaba Jesús orando, Él solo» (Lc 9,18); «se retiró otra vez a lo alto del monte, para estar solo» (Jn 6,15); «el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo» (Jn 8,29); «pues llega la hora, y ya es ahora mismo, cuando os dispersaréis cada uno por su lado, y me dejaréis solo. Aunque no estoy solo, puesto que el Padre está conmigo» (Jn 16,32).

3. Remedios y medios

«Me da miedo nombrar la Soledad—
 Y podría mejor imaginarla
 Como el descender de la plomada en su Tumba
 Para acertar el tamaño—
 [...]

 Me temo que esto es —la Soledad—
 La Hacedora del alma
 Ilumina —o sella—
 Sus Cavernas y sus Pasillos»¹⁸.

La soledad deseable, esos ratos a solas con Dios, puede ser la ocasión propicia para advertir sobre aquellos pensamientos que nos encaminan al terreno estéril de esa otra soledad con cinco señales o parejas de baile.

a) *Mucho advertir acerca de nuestros pensamientos*

En primer lugar, *los pensamientos automáticos o razonamientos emocionales*. ¡Cómo nos traicionan! Consiste en asumir que nuestras emociones son un fiel reflejo o copia de la realidad. Por ejemplo: “Siento miedo al subirme al avión, por tanto, viajar es peligroso”. Estos automatismos producen respuestas compensatorias. Pero ese acto es acto puramente mental, lineal, de causa-efecto: aborrezco lo que me sucede, pero continúo en ese pensamiento desolador. Frente a ello, es sana *la adaptación o la resiliencia*.

En segundo lugar, *la catástrofe* cuando magnificamos la incomodidad. No conviene razonar las cosas dificultosas y graves y quedarse en el cumplimiento de lo establecido, instalándose o instalándonos en la esclavitud de la ley, por santa que sea y que con frecuencia va unida a una falsa seguridad. Esta deficiencia de vida interior no suficientemente alimentada y en crecimiento suele generar dureza, rigidez y moralismo. Dificilmente puede verse a Dios en todas las cosas; lo que vemos son las catástrofes y los defectos en vez de vivir desde *el agradecimiento y la relación* por muy pequeñas que sean.

18. E. DICKINSON, *Poesías completas*, Visor, Madrid 2013, 775.

La tercera señal es generalizar en exceso. Se trata de caer en el error de las sentencias categóricas, “si hiciese esto”. Porque no se trata de hacer (enfermedad típicamente espiritual) sino de ser. En el hacer, la divinidad se esconde, porque el centro lo situamos en nuestro propio yo sin ningún referente y mucho menos sin Dios. Este sesgo cognitivo o distorsión nos hace incapaces de reflejar el Evangelio. Más bien queremos universalizar la situación particular, porque en realidad todo lo vivimos como trozos dispersos cuando la vida espiritual siempre nos invita a *la atención y al recogimiento*.

En cuarto lugar, el *pensamiento blanco o negro* o del todo o de nada es la tendencia de ver las cosas desde sus extremos. Sin embargo, la realidad es más compleja. Posicionarse en esta fragilidad, en los polos extremos, alude a una falta de amor, un amor que se base en el reconocimiento de nuestras capacidades y de nuestras limitaciones. Y si esto va presidido por *un acto de fe o mirada interna* en el Dios absolutamente Compasivo, el camino hacia la consolación está asegurado en medio de las tribulaciones: «Estoy lleno de consuelo, desborde de gozo en toda clase de tribulaciones» (2 Cor 7,4).

Finalmente, *el filtro negativo* nos conduce a la comparación con los demás, a lo que otros tienen y “yo no”. Nos asolan las autoexigencias coercitivas, falacias, falsas razones, sutilezas o autocomplacencias fallidas por ideales narcisistas de perfección, por ejemplo. Esta comparación nace cuando de tanto yo y yo deja, precisamente, de ser yo. Somos ajenos a nosotros mismos, extranjeros en un territorio de nadie cuando *la conversión y la transformación* nos devuelve al lugar de Dios y de nuestros prójimos.

b) *Guías y acompañantes*

Acompañar la soledad no difiere en absoluto de escuchar, antes de todo, como cualquier situación humana, al acompañado para ayudarle a descubrir el paso de Dios en su vida, a que dé un “sentido sagrado” a su momento. Desde el punto de vista del acompañante se requiere que atienda a todo lo que suceda en la vida diaria de esa persona, esto es, situar los aspectos concretos como sentimientos, vivencias, pensamientos, logros, avances o retrocesos; y, además, propiciar que los relacione con su historia personal en clave de historia de salvación.

De este modo, conviene siempre iluminar al acompañado con la meditación y la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, aquellos que le susciten claridad y consolación mediante la Palabra de Dios, que es Revelación. De esta manera, podrá abrirse al encuentro de la verdad de la fe y su propia verdad. La escucha debe ser tal que no caiga ni en el paternalismo ni en una fuerza directiva de lo que tiene que hacer el acompañado. Más bien, como mediador y señal de un crecimiento que solo el acompañado puede realizar con el favor de Dios. Acompañar a alguien que sufre la soledad no deseable o innecesaria presenta un objetivo muy específico: esclarecer un crecimiento interior que favorezca una salida o un éxodo del bucle o la espiral negativa que encierra al sujeto en un aislamiento desolador. Para ello, son necesarias unas aptitudes del acompañante en su arte de guiar y conducir esa situación.

Primero, el acompañante debe alimentarse de una vida interior vigorosa y sabedor de las mociones espirituales. Si alguien puede ayudar a vivir una relación personal con Dios como experiencia viva y no como un recuerdo del pasado y de ciertas prácticas religiosas, exige, como es obvio, que el acompañante sea una persona cultivada en una vida interior y sepa detectar los movimientos internos, porque iluminará la vida exterior, los engaños y los trampantojos a los que se puede caer.

Segundo, el acompañante será una persona con sensibilidad y creador de medios para escuchar. Realmente, hay que ejercitarse en una atenta escucha de lo que sucede en nuestro interior (pensamientos, sentimientos y agitaciones) y que repercuten en nuestro ámbito relacional. Quien viva en una soledad innecesaria o no deseable necesitará de alguien que acompañe esa situación y le ayude a discernirla, a ver el discurso de los pensamientos y el proceder de los mismos, que provocan que las relaciones estén fragmentadas o escindidas. No somos la suma de hechos aislados. Se trataría de ver la evolución para caer en la cuenta de la historia, de ver los *porqués* y los *paraqués*. Pero, sobre todo, los *cómos* o los modos que no siempre son de Dios y que, por ello, resultan altamente destructivos.

Tercero, el acompañante es signo de coherencia, no de perfección. No es un ser perfecto ni puede creerse como tal. Pero es signo de coherencia. Es decir, su vida espiritual no separa las cosas del mundo con sus negocios y las cosas

de Dios con sus otros negocios espirituales. Más bien, la unidad de ambas constituye el horizonte de una vida espiritual sana. Si el acompañante es alguien que vive la soledad no deseable o innecesaria, será frívolo en sus observaciones, recurrente en los tópicos o humorístico por querer quitar hierro al asunto; y, ciertamente, no iluminará la vida del acompañado. Esto se concreta en cuestiones tan prácticas como el modo de vestir del acompañante, el uso del móvil antes, durante y después de la entrevista, la manera de referirse al mundo, a la Iglesia en la conversación espiritual, entre otros tantos aspectos. Estos son indicadores valiosos que manifiestan el nivel de aptitud de quien acompaña en su labor de ayudar a permanecer a quien esté al borde del camino sea cual sea el motivo o la situación, especialmente, cuando el seguimiento a Jesús se hace difícil y oscuro.

4. Conclusión: El Evangelio del herido

«La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora [...]»
En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido»¹⁹.

Quisiera acabar. No trayendo lo que hemos ido desarrollando a lo largo de este artículo. Más bien, a través de la voz de otro herido, el del Evangelio, el de la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37).

Me condujo al hostal. Medio moribundo, magullado por los bandoleros en el camino que iba de Jericó a Jerusalén. Solo, casi muerto, recuerdo

19. SAN JUAN DE LA CRUZ, “Cántico Espiritual B”, en J. V. RODRÍGUEZ (ed.) *Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009⁶, 588.590.

a tres personas que se acercaron. Dos de ellos titubearon. El primero, reconocí que era un sacerdote del Templo. Entre mis lamentaciones, vi que me miraba. Y digo “titubeó”, porque hizo ademán de pararse y de arrodillarse. Sin embargo, no lo hizo. ¿Lo pensó? Lo dudo. Los conozco. Conozco ese tipo de personas que dicen, pero no hacen; acostumbrados a hablar desde sus púlpitos mientras se aferran al sinfín de leyes y de ideas. Me hablaron de un dios que salva, pero no lo veía en su rostro. Un rostro excesivamente ocupado en sus ocupaciones y menesteres. Lástima que de ellas hagan una ley. Sí, me acuerdo de ese sacerdote del Templo. De frío rostro y tez sibilina, exegeta de Dios. Conoce sin saber y su necedad oscurece su alma. Me rodea como quien se voltea mirando una pieza de museo, sin tocarme. Siempre desde una distancia levítica y farisaica de quien se cree separado del resto de personas; extrahumano o superhombre teñido de los más sepulcrales colores. Su vida era el culto a un dios que nada tiene que ver con Dios. Su herida, la resistencia y la decrepitud de una ley sin espíritu, de un comercio divino, de prescripciones y rúbricas sin sentido alguno. Su mirada me rodeó y agudizó mi herida.

Más tarde, mientras el sol de Judea apretaba más duramente la tierra sagrada, apareció un segundo hombre. Me costó reconocerle. Quizá la herida era más profunda, quizá el sentirme solo sin nadie a quien pedir socorro ni nadie a quien pedir una mísera ayuda. El porte de aquel segundo personaje me recordó a los levíticos, maestros de la ley cuya vida se resumía en el canon de la pureza y de la impureza. ¡Qué lejos quedaba aquel libro del Éxodo, aquella experiencia de libertad y salvación de toda forma de esclavitud cuando uno comenzaba a leer el libro del Levítico! La retahíla de pequeñas leyes y prescripciones que urdían más injusticia que justicia divina. Y otra vez, volvió el rodeo. Ahora, se teñía de un rostro que aborrecía lo impuro que encontraba en mi silueta magullada. Solo con una mirada podría contagiarse de tal impulcritud. Pero ¿qué había yo hecho para merecer esto? Sí, mi rostro estaba magullado y no era el más apolíneo. Sí, mi vestimenta no era la más indicada. Sí, mis heridas derramaban la sangre del atropello de los bandoleros. Pensé: “Este Leví, quizá desearía ayudarme; pero, no puede, su autoley se lo impide”. Y, en verdad, la frustración de ver a alguien que “quiere y no puede” es mucho mayor que cualquier herida. La decepción es aún mayor cuando espera-

mos una ayuda de alguien que ni percibe ni puede venir a socorrernos. Se marchó como vino, tras el rodeo, mientras veía distanciarse a aquel hombre, que, en definitiva, era un pobre hombre.

Finalmente, llegó un tercer hombre. Ni lo esperaba. Apenas recuerdo su fisonomía. Solo permanecen en mí las palabras que me contó el hospedero sobre aquel misterioso hombre. Me dijo que era samaritano. Me sorprendió. ¿Cómo era posible? Impensable. El samaritano, precisamente, era aquel que tenía más motivos para rodearme y pasar de largo. De hecho, no nos hablamos desde aquellos legendarios matrimonios mixtos e invasiones asirias en Samaria, lo que provocó que comenzáramos a distanciarnos, entre ellos y nosotros, los del sur, los de Jerusalén, que creíamos ser dueños de la ley de Moisés. Y, ciertamente, resulta sorprendente que aquel que, por razones sociales e históricas, por ser samaritano, es quien se parara y se arrodillara. Apenas recuerdo esos gestos. Según el hospedero, ese buen hombre hizo lo justo y lo necesario; cargarme en su carro, atenderme con ahínco, buscar el hostel, asegurarse que me procuraran los medios necesarios, curarme las heridas y seguir su camino. Así fue. Yo no lo vi ni creo que me lo encuentre por estos caminos que nos toca transitar. Solo puedo decir, ahora que me recupero de estas heridas, que fue bueno conmigo. Una bondad natural, propiamente humana, que es buena noticia. Dicen, evangelio. Este bien es el mejor antídoto para mi herida, porque aún en mi soledad y convalecencia, pienso que el bien y el verdadero amor al prójimo curan mis heridas, aquellas que percibí tras el rodeo del sacerdote y del levita, porque solo el amor es digno de fe, de sanación y de salvación, porque es la principal ley: el amor, muchas veces tan invisible y que, por ello, es tan divino, de Dios, el único y verdadero.